

823
A.

PR 4561
A67
B3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Lo único necesario.

«¡Hechos!.... Dadme hechos, y nada más que hechos. Enseñadlos á la juventud, con preferencia á inútiles teorías. No plantéis otra semilla, y arracad las demás. Sólo con el auxilio de los hechos se forma el animal que raciocina: lo demás nunca le servirá de nada. Sujetándome á este principio, educo á mis hijos, y este principio sirve también de educación á estos niños: caballero, aténgase V. á los hechos.»

La escena pasa en el salón de una escuela; salón desnudo, monótono y sepulcral, y el dedo pequeño y aplastado del orador daba energía á sus observaciones, manchando de paso la manga del maestro de escuela al esforzar cada sentencia. La energía se aumentaba con la frente terrible del orador, especie de muro cuadrado que tenía las cejas por base, en tanto que los ojos

hallaban cómodo aposento en dos sótanos oscuros, sombreados por el muro en cuestión; la energía se aumentaba también con la boca ancha, delgada y severa del orador; la energía se aumentaba también con el tono inflexible, duro y dictatorial del orador; la energía se aumentaba también con los cabellos del orador, que se erizaban á los lados de su mollera calva como un bosque de pinos destinado á preservar del viento la superficie luciente del cráneo, muy semejante, por sus desigualdades, á la corteza de una naranja, y llena de abolladuras, como si aquella cabeza no contuviese suficiente espacio en sus almacenes para alojar todos los hechos sólidos contenidos en su interior. La actitud pertinaz, el traje cuadrado, las piernas cuadradas, las espaldas cuadradas del orador, la corbata que parecía ahogarle, y por su mala confección se la podría tomar por un hecho mal fraguado; todo, todo era parte á aumentar la energía.

—En esta vida sólo necesitamos hechos, señor mío, nada más que hechos.

El orador y el maestro de escuela y el tercer personaje adulto que se encontraba en escena, retrocedieron un poco para abrazar más cómodamente, con una mirada rápida, el plano inclinado en que se veían en fila las pequeñas vasijas humanas, en las cuales no había más que verter hechos hasta que se desbordasen.

CAPÍTULO II.

La degollación de los inocentes.

El orador era Tomás Gradgrind, caballero. El hombre de las realidades; el hombre de los hechos y de los cálculos; el hombre que procede sujetándose al principio de que dos y dos son cuatro, y nada más, y á quien ningún razonamiento obligará á proceder de otra manera; Tomás Gradgrind, caballero (recalcad este nombre de pila); Tomás Gradgrind, con una regla, una balanza y una tabla de multiplicar en el bolsillo, siempre pronto á pesar ó medir la capacidad humana. Para él todo es cuestión de números, una simple operación aritmética. Podéis vanagloriaros de hacer entrar algún absurdo en la cabeza de un Jorge Gradgrind, de un augusto Gradgrind, de un Juan Gradgrind ó de un José Gradgrind (todos personajes ficticios que no tienen existencia real), pero no en la de Tomás Gradgrind; no, señor; es imposible.

Mr. Gradgrind no deja nunca de presentarse

de este modo, ya fuese en un círculo de amigos íntimos, ya ante el público en general. De este modo también Tomás Gradgrind, remplazando solamente con las palabras *niños ó niñas* á la consabida fórmula de *señores*, acababa de presentarse á aquellos pequeños cántaros colocados en fila para que los llenasen de hechos hasta la boca.

Y en verdad que mientras los contempla curioso desde el fondo de aquellos subterráneos ya mencionados, él mismo parece un cañón atestado de hechos, que se dispone á arrojarlos, por medio de una sola explosión, mucho más allá de las regiones que conoce la infancia. Tiene todo el aire de una batería galvánica cargada de alguna mala preparación mecánica, y destinada á reemplazar en el alma de los niños la joven y tierna imaginación que él se encarga de reducir á polvo.

—¡Niña número veinte! (exclamó Mr. Gradgrind, indicando con su índice aplastado á la persona designada.) No conozco á esa niña. ¿Quién es esa niña?

—Ceci Jupe, caballero,—respondió el número veinte ruborizándose, levantándose y haciendo una reverencia.

—¿Ceci? Ese no es un nombre (dijo Mr. Gradgrind.) V. no se llama Ceci; V. se llama Cecilia.

—Papá me llama Ceci, caballero,—respondió

la niña con voz temblorosa, y haciendo otra reverencia.

—Pues hace mal (replicó Mr. Gradgrind); dígaselo V. Se llama V. Cecilia Jupe. Veamos. ¿Qué oficio tiene su padre de V.?

—*Ecuyer*, artista del circo de caballos.

Mr. Gradgrind frunció el entrecejo, y condenó con un ademán aquella profesión inconveniente.

—Aquí no queremos saber esas cosas. No hay que hablar de esas cosas en este sitio. Su padre de V. doma potros cerriles, ¿no es esto?

—Sí, señor, si á V. no le desagrada; cuando tiene alguno que domar, lo doma en el picadero.

—Aquí no hay que hablar de picadero; téngalo V. entendido. Diga V. que su padre es domador de caballos. Sin duda cuidará también los caballos enfermos; ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien. Es veterinario, herrador y domador de caballos. Deme V. la definición del caballo.

Al oír esta pregunta, Ceci experimentó un terror singular.

—¡La niña número veinte es incapaz de definir un caballo! (exclamó Mr. Gradgrind, á fin de edificar á todos los niños. ¡La niña número veinte no posee ningún hecho relativo al más vulgar de los animales! Vamos, que un niño

cualquiera me dé la definición del caballo. V., Bitzer.

El aplastado índice, después de haberse paseado por aquí y por allá, se detuvo en Bitzer, quizás porque éste se hallaba casualmente expuesto al mismo rayo de sol que entraba por una de las ventanas: hería de frente, lastimando la vista y esparciendo una viva claridad sobre Ceci, porque las niñas y los niños estaban sentados en toda la extensión del plano inclinado, en dos cuerpos de ejército compactos, divididos en el centro por un espacio estrecho, y Ceci, colocada en la punta de un banco, en el sitio iluminado por el sol, participaba del principio de un rayo, del que Bitzer, sentado á la punta opuesta del banco, llegaba á la cola. Mientras la niña tenía ojos y cabellos tan negros, que el rayo del sol que la bañaba parecía darles colores más vivos y brillantes, el muchacho tenía ojos azules y cabellos de un rubio tan bajo, que aquel mismo rayo parecía arrebatarles el pálido color que poseían. Los tiernos ojos del escolar apenas hubieran sido ojos, sin las puntitas de pestañas, que, provocando un contraste inmediato, con algo más pálido que ellas mismas, dibujaban su forma. Sus cabellos, casi cortados á punta de tijera, podían pasar por una simple continuación de las pecas que llenaban su rostro. Su tez estaba desprovista de frescura y de salud, que ha-

cía presumir que fuese blanca la sangre que circulaba por sus venas.

—Bitzer (repitió Mr. Gradgrind): déme V. la definición del caballo.

—Cuadrúpedo; herbívoro; tiene cuarenta dientes, de los cuales veinticuatro son molares, cuatro caninos y doce incisivos. Muda el pelo en la primavera. Su casco es duro, pero necesita estar herrado. La edad se le conoce en la boca antes de que cierre.

Por este estilo continuó hablando Bitzer.

—Ahora, niña número veinte (continuó mister Gradgrind), ya sabe V. lo que es un caballo.

La niña hizo una reverencia, y se hubiera ruborizado aún más que la vez anterior, á haberse podido poner más roja que lo estaba al principio del interrogatorio. Bitzer guiñó ambos ojos á la vez al mirar á Tomás Gradgrind; retuvo alguna luz en las extremidades temblorosas de sus cejas; llevó el puño cerrado á la frente, y después de haber saludado de este modo, volvió á sentarse. ✓

Entonces avanzó el tercer personaje, que era un hombre muy á propósito para disecar y escudriñar los hechos: era un empleado del gobierno; un verdadero púgil á su manera, siempre dispuesto á disparar el golpe y á combatir con toda Inglaterra. Para continuar en términos

de pugilato, era un verdadero genio en esto de venir á las manos, sin importarle en dónde ni á qué propósito. Desde su entrada en la arena, desarmaba con el puño derecho á quien llegaba primero; continuaba la lucha con el izquierdo; se detenía; cambiaba los golpes; paraba; aturdió; marraba á su antagonista (siempre desafiando á toda Inglaterra); le empujaba hasta la cuerda de límite, y se dejaba caer sobre él, con la mayor gentileza del mundo, á fin de asfixiarle; tenía á orgullo el cortarle la respiración hasta dejar al infortunado inútil, para empezar de nuevo la lucha al espirar la tregua de rigor. Por esto le habían encargado las autoridades superiores de apresurar la venida del gran milenario, durante el cual los comisarios deben reinar en este mundo.

—Muy bien (dijo este caballero, sonriendo alegremente y cruzando los brazos). Eso es un caballo. Ahora, niños y niñas, permitidme que os pregunte una cosa: ¿Cubriríais las paredes de vuestra casa con un papel en el que hubiese caballos pintados?

Después de un instante de silencio, la mitad de los niños gritó en coro:

—¡Sí, señor!

La otra mitad, leyendo una negativa en el semblante de aquel caballero, gritó también en coro:

—¡No, señor!

Según se acostumbra en esta clase de exámenes.

—Justo que no. ¿Y por qué?

Nuevo silencio. Un muchacho grueso como un tonel, que al respirar parecía que silbaba, tuvo la feliz idea de responder que él no cubriría las paredes de su alcoba con ninguna clase de papel, porque prefería la pintura.

—Mas puesto que *es preciso* cubrir las de papel.... (insistió el caballero con alguna vivacidad.)

—Que le agrade á V. ó que no, es preciso cubrir las de papel (añadió Tomás Gradgrind). No diga V. tan terminantemente que no las cubriría. ¿Qué significa una negativa de esa especie?

—Voy á explicar á V. (dijo el caballero, después de una pausa no menos lúgubre) por qué no se debe cubrir una habitación con papel, en el que haya caballos pintados. ¿Ha visto V. nunca que los caballos se paseen por las paredes de una estancia en la realidad de los hechos? ¿Eh?

—Sí, señor,—contestó la mitad de la escuela.

—No, señor,—contestó la otra mitad.

—Claro es que no (continuó el caballero, lanzando una mirada de indignación hacia los que se habían equivocado). En ninguna parte debe verse lo que no se vea en los hechos; vosotros

no debéis tener en ninguna parte lo que no se pueda tener realmente; el gusto no es otra cosa que un nombre del hecho.

Tomás Gradgrind bajó la cabeza en señal de aprobación.

—Esto es un principio nuevo, un descubrimiento nuevo, un gran descubrimiento (continuó el caballero). Ahora voy á dirigiros otra pregunta:

—Supongamos que tenéis que alfombrar un suelo. ¿Elegiríais una alfombra en que hubiese flores dibujadas?

Como la escuela empezaba á convencerse de que *no* era la respuesta que mejor convenía á todas las preguntas de aquel señor, el coro que gritó *no* fué muy numeroso. Algunos, por equivocación ó por atolondramiento, contestaron *sí*. De este número fué Cecilia Jupe.

—¡Niña número veinte!—exclamó el caballero, sonriendo con la tranquila superioridad de la ciencia.

Cecilia, ruborizándose, se puso de pié.

—Así, pues, V. alfombraría sus habitaciones ó las habitaciones de su marido, si V. fuese mujer y tuviese marido, con imágenes de flores, ¿no es esto? ¿Y por qué?

—Porque me gustan mucho las flores (replió la niña).

—¿Y por eso las pondría V. debajo de las

mesas y de las sillas, y tendría V. gusto en que las pisasen gentes con botas de dos suelas?

—Eso no les haría daño alguno, y, con perdón de V., no se marchitarían. Siempre serían imagen de algo bonito y agradable, y yo podía figurarme que....

—¿De veras? Justamente lo que no debe V. es figurarse cosa alguna (exclamó el caballero, encantado de haber llegado felizmente adonde él quería). Esa es justamente la cuestión. Usted no debe figurarse nada.

—V. no debe jamás, Ceci Jupe (añadió Tomás con tono solemne), permitirse imaginar ni aun lo más grave.

—¡Hechos! ¡hechos! ¡hechos! (gritó el otro.) ¡Hechos, y siempre hechos!—repitió Tomás Gradgrind.

—En todas cosas debe V. dejarse conducir y gobernar por los hechos (dijo el caballero). Esperamos poseer dentro de poco un cuerpo deliberante, compuesto de comisarios amigos de los hechos, que obligarán al pueblo á respetar los hechos, y nada más que los hechos. Es preciso borrar para siempre del idioma la palabra *imaginación*. Nada deben Vds. tener bajo la forma de objeto de adorno ó de utilidad, que esté en contradicción con los hechos. En realidad no se anda sobre flores; por tanto, no se os debe permitir que las piséis sobre una alfombra. No ha-

bréis visto que las aves ó las mariposas de los climas lejanos vengan á posarse sobre vuestras vajillas; luego no se os debe permitir pintar en vuestras vajillas pájaros ó mariposas extranjeros. Nunca veréis á un cuadrúpedo pasearse de arriba abajo por una pared; luego los cuadrúpedos no deben representarse en las paredes. Estos perniciosos abusos se deben sustituir empleando colores primitivos, combinaciones y modificaciones de todas las figuras matemáticas susceptibles de prueba y de demostración. He ahí en lo que consiste nuestro moderno descubrimiento; he ahí en lo que consiste el hecho; he ahí en lo que consiste el gusto.

La niña hizo otra reverencia, y se sentó. Era demasiado joven, y el aspecto positivo con que acababa de presentársele el mundo, le pareció espantoso.

—Ahora, si Mr. Mac Choakumchild (dijo el caballero), quiere dar su primera lección, me tendré por muy afortunado, Mr. Gradgrind, en acceder á vuestros deseos y estudiar su método.

Mr. Gradgrind dió las gracias, y dijo:

—Mr. Mac, cuando V. guste.

El interpelado empezó empleando su más superior estilo. Él y otros ciento cuarenta maestros de escuela habían sido hechos recientemente en el mismo taller, según el mismo procedimiento, como si se hubiese tratado, por ejem-

plo, de otros tantos piés torneados para *piano-forte*. Se le había hecho desplegar todos sus conocimientos, y había contestado á volúmenes enteros de preguntas, de las cuales cada una era un verdadero embrollo. La ortografía, la etimología, la sintaxis y la prosodia, la biografía, la astronomía, la bibliografía y la cosmografía general, la ciencia de las proporciones compuestas, el álgebra, la música vocal y el dibujo lineal; todos estos conocimientos útiles los tenía, por decirlo así, en la punta de sus dedos helados. Había llegado por un camino escabroso hasta ocupar el muy honroso puesto de consejero privado de S. M. (sección B.), y había desflorado los diversos ramos en que se dividen las matemáticas superiores y la física, así como el francés, el alemán, el latín y el griego. Conocía todo cuanto tiene relación con las fuerzas hidráulicas del mundo entero (por mi parte no sé de esto una palabra), y todas las historias de todos los pueblos, y los nombres de todos los ríos y de todas las montañas, y de todos los productos, usos y costumbres de todos los países, con todas sus fronteras, y su posición relativa á cada uno de los treinta y dos puntos de la brújula. Verdad eramente, Mr. Mac era un hombre muy instruído. ¡Si hubiera aprendido menos, cuánto más hubiera podido enseñar!

Puso manos á la obra en aquella sesión pre-

paratoria, á la manera de Morgiana en los *Cuarenta ladrones*, mirando á cada uno de los recipientes que tenía en su presencia, y examinándolos uno á uno, á fin de ver el contenido. Dime, buen Mac Choakumchild; cuando hayas llenado hasta los bordes todas esas jarras con el aceite hirviendo de tu ciencia, ¿estarás completamente seguro de haber matado al demonio de la imaginación? ¿Estarás completamente seguro de no haber conseguido, en resumidas cuentas, más que mutilarlo ó desfigurarle?

CAPÍTULO III.

Una grieta.

Mr. Gradgrind, al salir de la escuela para ir á su casa, experimentaba una viva satisfacción; aquella era su escuela, y quería que fuese una escuela modelo; aspiraba á que cada niño lo fuese á su vez, á semejanza de los jóvenes Gradgrind, que todos lo eran.

Tenía cinco hijos, y ninguno de ellos dejaba de ser un modelo. Se les había aleccionado desde su más tierna infancia, y habían seguido tantos cursos como carreras da una liebre. Apenas podían andar solos, y ya les obligaba á andar hacia la escuela. Su primera asociación de ideas, la primera cosa de que se acordaban, era de un cuadro grande, en el que un ogro grande y seco trazaba con tiza signos blancos de horribles formas.

Y por cierto que los niños no tenían conocimiento de lo que es un ogro: como los ogros no existen en el mundo real, la ley de los hechos lo impedía. Me he servido de esta palabra para

designar un monstruo instalado en un castillo-escuela, con infinidad de cabezas contenidas en una sola, persiguiendo niños y arrastrándolos por los cabellos á las cavernas sombrías de la estadística.

Ningún pequeño Gradgrind había visto en su vida un rostro en las manchas de la luna: estaba en el hecho de lo que era la luna antes de ocurrírsele pensar que tal cosa hubiera en el espacio. Ningún Gradgrind pequeño sabía de memoria aquella estúpida canción que empieza:

«Estrellita del cielo,
Dime quién eres....»

Ningún Gradgrind pequeño había sentido la más leve curiosidad sobre este punto, porque al cumplir los cinco años ya había disecado la osa mayor como un catedrático del Observatorio.

Ningún pequeño Gradgrind había pensado nunca en establecer alguna relación entre las verdaderas vacas de los prados y la famosa vaca de los cuernos retorcidos, que hizo saltar al perro que atormentaba al gato que mataba á los ratones que se comían el queso, ó con aquella otra vaca, aún más famosa, que se tragó á Tom Ponce (1): ninguno de ellos había oído hablar de

(1) Alude á cuentos con que en Inglaterra se entretiene á los niños.

estas celebridades; todas estas vacas, que les habían presentado, no eran más que cuadrúpedos herbívoros y rumiantes con diversos estómagos.

Tomás Gradgrind dirigió sus pasos á su morada positiva, llamada Pierre-Loge. Se había retirado por completo del comercio de quincalla por mayor antes de construir Pierre-Loge, y se disponía á buscar una ocasión oportuna para hacer en el Parlamento una figura aritmética. La finca estaba construída en un erial, á una milla ó dos de cierta ciudad muy populosa, que se llamará Cokeville en este libro; guía verídica de viajeros.

Tomás prosiguió su camino con el espíritu alegre y satisfecho. Era un padre cariñoso á su manera, y se hubiera descrito á sí propio (si hubiera tenido necesidad de dar una definición como Ceci Jupe), en el concepto de un hombre eminentemente práctico. Siempre oía con orgullo estas palabras: *eminente práctico*, que pasaban como gráficas para designarle. En cada meeting que se celebraba en Cokeville, fuese cualquiera el motivo, nunca faltaba un cokevillano que se aprovechase de la ocasión para aludir al espíritu eminentemente práctico de su amigo Gradgrind, lo cual agradaba sobremanera á éste. Estaba persuadido de que sólo le hacían justicia; pero esto le lisonjeaba el amor propio.

Acababa de comprar en las inmediaciones de la población un terreno neutro, que sin ser ni ciudad ni campo, era, sin embargo, lo uno y lo otro, aunque sin reunir las condiciones de ninguno; pero, ¡oh, desgracia!, el ruido de una música próxima lastimaba las orejas. El *chin chin* y el *bon bon* de la orquesta de un circo ecuestre que había sentado sus reales en aquel sitio, atronaban los aires que era un contento. Una bandera flotando en su asta, anunciaba al género humano que el circo de Sleary solicitaba su patrocinio. Sleary en persona, estatua moderna de grandes dimensiones, vigilaba su caja y recibía el dinero en una garita de arquitectura gótica demasiado primitiva.

Josefina Sleary, según anunciaban los carteles impresos, inauguraba el espectáculo con su gracioso ejercicio ecuestre de las *Flores tirolesas*. Entre otras maravillas muy divertidas, pero siempre tristemente morales, que era preciso verlas para creerlas, el señor Jupe debía hacer lucir aquella noche los talentos recreativos de su maravilloso perro sabio Patalista. Debía también ejecutar su increíble ejercicio de fuerza, que consistía en lanzar por encima de la cabeza setenta y cinco quintales de metal, sin moverse una línea, ni atrás ni adelante; ejercicio que hasta entonces no se había intentado ni en aquel país ni en ningún otro, y que arrancaba tan frenéticos

aplausos, que todos los días era necesario repetirlo para complacer al género humano. El señor Jupe debía también amenizar el espectáculo con sus bromas castísimas, sus pantomimas Shakesperianas. En fin: para terminar la representación, debía desempeñar su papel favorito de Mr. Guillermo Bouton, sastre de Tooley-Street en la última de sus últimas novedades, en la risible comedia ecuestre del *Viaje del sastre á Brenford*.

Por supuesto, que Tomás Gradgrind no prestó ninguna atención á aquellas frivolidades, y prosiguió su camino, tal cual convenía á un hombre práctico, apartando de su pensamiento aquellos insectos asquerosos, buenos cuando más para una casa de corrección. Pero muy luego un rodeo que daba la senda le condujo cerca de la barraca, y detrás de ésta estaban reunidos diferentes niños, que en diversas actitudes procuraban curiosear furtivamente lo que estaba pasando en el Circo.

Se detuvo en seguida.

—Vamos (dijo); estos vagabundos distraen á la juventud de una escuela modelo.

Hallándose separado de aquella juventud por un espacio considerable, sacó el lente del bolsillo para ver si entre los niños había alguno que él conociese, é intimarle la orden de alejarse al momento. ¡Pero qué fenómeno! Se resistió á

dar crédito á sus ojos. ¿Á quién diréis que vió? Á su propia hija, á la metalúrgica Luisa, mirando, con todo el afán de que era capaz, por un agujero que había en las tablas; á su propio hijo, á su matemático Tomás, echado en tierra á cuatro manos, dándose por muy satisfecho con alcanzar á ver solamente las zapatillas de la artista en el gracioso de las *Flores tirolesas*....

Mudo de espantó, Mr. Gradgrind se acercó al sitio en que sus hijos se deshonraban de tal modo; tocó con la mano en el hombre de cada culpable, y dijo:

—¡Luisa! ¡Tomás!

Ambos se levantaron desconcertados y rojos como una cereza. Luisa miró á su padre con más descaro que Tomás. Á decir verdad, Tomás no levantó los ojos, y se dejó arrastrar como una máquina.

—Por el cielo, que esto es el colmo de la pereza y de la locura (exclamó Mr. Gradgrind, que cogió á cada uno por una mano para llevarlos á su casa): ¿qué tenéis que hacer aquí?

—Ver á cuál de las cosas del mundo se parece ese espectáculo,—contestó secamente Luisa.

—¿De veras?

—Sí, papá.

Se observaba en los niños cierto aire de fastidio y de mal humor, sobre todo en Luisa; sin embargo, en el rostro de ésta, al través del des-

contento, se veía asomar una llama que nada podía alumbrar, un fuego que nada podía consumir, una imaginación que ni estaba muerta ni viva, y, sin embargo, el todo contribuía á dar animación á aquel rostro; no era vivacidad tan propia de la descuidada juventud, sino resplandores inciertos, ávidos y vagos, que tenían alguna analogía penosa con los cambios que se observan en las facciones de un ciego cuando busca á tientas su camino.

Todavía no contaba más que quince ó diez y seis años; pero se comprendía que en una época no muy lejana se haría mujer de repente. El padre pensó en esto al mirarla. Luisa era muy linda.

—Ya hubiera deseado lanzarse al mundo (pensó el padre, como hombre eminentemente práctico), si yo la hubiera educado de otro modo.

—Tomás, hijo mío, aunque el hecho salta á la vista, me cuesta trabajo creerlo; no puedo persuadirme de que con vuestra educación y vuestros medios de resistencia, hayas arrastrado á tu hermana hacia un espectáculo semejante.

—Papá, he sido yo quien ha arrastrado á Tomás (dijo Luisa con cierta ligereza). Yo le he convencido para que viniera.

—Siento mucho saberlo. Me das una pena muy grande. Pero eso no disminuye en lo más

mínimo la falta de Tomás, al paso que aumenta la tuya.

Luísa miró otra vez á su padre; pero ni una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Tú aquí! ¡Tomás y tú, para quienes se ha abierto el círculo de la ciencia; Tomás y tú, á quienes se puede mirar como dos jóvenes llenos de hechos reales; Tomás y tú, á quienes he elevado hasta una precisión matemática; Tomás y tú en este sitio! (exclamó Mr. Gradgrind.) ¡En una posición tan degradante! ¡Estoy abortol

—Y yo cansada, papá; hace tiempo que estoy cansada,—dijo Luísa.

—¿Cansada? ¿Y de qué?—preguntó el padre asombrado.

—No lo sé; creo que me cansa todo.

—Ni una palabra más: eso es una niñería. No quiero oír una palabra.

Y no volvió á abrir la boca hasta después de haber recorrido en silencio cerca de media milla; entonces exclamó con tono grave:

—¿Qué dirán tus mejores amigos, Luísa? ¿Tan poco te cuidas de su opinión? ¿Qué dirá Mr. Bounderby?

Al oír este nombre, Luísa miró furtivamente á su padre; pero éste no lo advirtió, porque cuando reparó en ella, Luísa había bajado los ojos.

—¿Qué dirá (repitió algunos instantes después), qué dirá Mr. Bounderby?

En todo el camino, hasta llegar á Pierre-Loge, mientras con una gravedad indígena conducía á los dos culpables, fué repitiendo para sus adentros:

—¿Qué dirá Mr. Bounderby?